

Y VA DE RELATOS

Luis Blanco Vila

Por último -es el más reciente sobre mi mesa-, "Los brazos de la griega», de Antonio Pereira, un narrador y poeta que ha optado -así me lo parece por los indicios, someros, que acabo de tener- por el abandono de las tierras de El Bierzo para instalarse sobre el asfalto y el guirigay de la corte. Aunque tengo para mí que lleva marcado a fuego el lastre de aquellas tierras de la frontera galaico-leonesa, vividas desde el tranquilo rincón de Papalaguinda -calle leonesa de nombre bárbaro desde hace unos años, que ahora mismo no consigo recordar- y que dará mucho de sí literalmente la acumulación de viviendas durante los años allí sumados.

Pereira camina por el relato con la soltura de quien conoce bien el sendero. Podía contar con precisión y prosa impecable la historia de cada día y estoy seguro de que sería apasionante. Eso es lo que hace, de hecho, con escenarios variantes que van de su ya citada heredad del Bierzo al paisaje familiar -lo dice él mismo- de la Umbría italiana o el sobadamente exótico de Nepal. No falta una crónica de viaje a través del Sahara camino de un -Marraquech que no llega más que cuando se ha agotado el lance sobrio, desgalichada mente amoroso. Y ese «Charly» feroz, que exaspera al lector casi tanto como al escritor. Y esa "Novela brasileña», en diez renglones, injustificable porque, además, no necesita justificación. Y «Las peras de Dios», donde las descripciones son magníficas, y la condensación, entre irónica y erótica, alcanza cotas muy altas.

Antonio Pereira, a la altura de los años productivos, rezuma sabiduría y un cierto volver los ojos atrás con la intención de recoger pequeñas picardías que se le han ido quedando. Pero lo hace con enorme gracia y una altura literaria que lo convierte en maestro del relato. Su último libro sirve de corona a esa docena que cuenta en su haber, todos ellos espléndidos.